

Historias de certidumbre:  
los *Milagros* de Berceo

*por*

M. ANA DIZ

*Lehman College*

*The City University of New York*



**Juan de la Cuesta**  
Newark, Delaware

## Índice

	AGRADECIMIENTOS .....	vii
	Introducción .....	1
Capítulo 1	Historias de certidumbre .....	9
	El "realismo" de la fe .....	9
	El encomio .....	22
	Sobre literatura, propaganda e ideología .....	33
	Celebrante y celebrada .....	43
Capítulo 2	La infancia permanente .....	46
	Afirmar y negar .....	48
	Réplicas .....	55
	El efecto mariano: aislamiento y enajenación .....	61
	La simplicidad y el sueño cumplido de la infancia permanente .....	70
Capítulo 3	El discurso eficaz .....	78
	Epifanías: el imperativo de María .....	78
	El cuerpo del dolor y del amor .....	86
	Plegarias: el imperativo del devoto .....	96
	El imperativo de órdenes y ruegos .....	102
	El "enclín" .....	105
Capítulo 4	La buena y la mala fe .....	108
	Reflexiones sobre algunos hábitos de trabajo ...	109
	Violencia antijudía y acusaciones tópicas .....	112
	"Qui tal faze tal prenda" .....	115
	Sobre ordalías .....	118
	La ordalía del niño judío .....	128
	La "buena fe" del mercader de Bizancio .....	140
	Los judíos de Toledo .....	152

Capítulo 5	Las mujeres y el culto mariano . . . . .	162
	Madres y jardines . . . . .	162
	Las abadesas de Berceo y de Alfonso . . . . .	163
	Mantos, paños y libros . . . . .	174
	Las mujeres y el culto mariano . . . . .	179
Capítulo 6	La patria mariana . . . . .	189
	El prado, un nombre más . . . . .	189
	María y la Iglesia . . . . .	204
	El notario, mano de la comunidad . . . . .	210
	Otras figuras del tercero . . . . .	223
	María y la Iglesia: <i>locus felix</i> , espacio habitable . . . . .	227
	El canto de los oradores . . . . .	232
	La Iglesia, inflexiones múltiples . . . . .	237
BIBLIOGRAFÍA . . . . .		242
ÍNDICE ANALÍTICO . . . . .		264

## Introducción

A MEDIDA QUE ME detuve a examinar aspectos específicos de los *Milagros* de Berceo, mi visión del texto fue adquiriendo un perfil cada vez más preciso que me llevó finalmente a interpretar el personaje de María como cifra de la Iglesia. Las interpretaciones son siempre problemáticas. Por una parte, es inevitable y necesario que el trabajo continuado con un texto o una cuestión literaria lleve a alguna clase de interpretación totalizante; por otra, está la ilusión de que esa interpretación agote las posibilidades significativas de un texto, y con ella, el riesgo de convertir en ejercicio de reducción lo que empezó como impulso de dejar respirar el texto del modo más libre posible. Tengo conciencia de que mi visión de los *Milagros* no es sino un particular más que se añade a otros particulares, a otras visiones y lecturas, un acento que se suma a otros acentos. Mi lectura tiene la vulnerabilidad de todos los ensayos que exponen alguna clase de tesis y, por eso, suscitará necesariamente desacuerdos y revisiones, ajenas y mías. Con todo, espero que las lecturas locales sobre las que baso esa interpretación puedan contribuir a ahondarla o aun a contradecirla.

El papado imprime su sello en el tono de la religiosidad católica. En nuestro propio siglo, frente a la inflexión cristológica de papas como Juan XXIII, que se manifiesta en preocupaciones sociales porque subraya los Evangelios, potencialmente subversivos, los papas marianos como Pío XII o Juan Pablo II tienden a acentuar el celo necesario para preservar el orden eclesiástico, monárquico, célibe y masculino. El culto mariano, que surge como un desarrollo de la cristología pero que no es de origen popular, es la devoción que ha contribuido más a consolidar la autoridad y el crecimiento institucional de la Iglesia. De ahí que no creo que sea mera coincidencia que el siglo XIII, el período más fuerte del papado en Occidente, sea el siglo de María. En los términos más generales, propongo que en los *Milagros*, Berceo no sólo entona un himno de

alabanza a la Virgen sino también un prolongado encomio al estamento de los *oratores*, definido precisamente por la palabra: porque la cantan, la administran, la escriben y prescriben.

En el primer capítulo, me pregunto cómo se logra, en términos formales, el efecto de certidumbre que producen los milagros, que ni la historia ni la concepción doctrinal del milagro pueden explicar. (Pensemos, por ejemplo, en la acumulación de relatos, que traiciona la concepción teológica porque despoja al milagro de la impredecibilidad que le atribuye la doctrina.) También desde la retórica propongo que el encomio, más que el didactismo, es la dominante discursiva de los *Milagros*: me detengo aquí en la cercanía natural de los géneros deliberativo (*exempla*) y epideíctico (elogios, discurso de la propaganda), y señalo sus diferencias, para insertar luego el encomio de Berceo en la tradición del epideíctico cristiano realizado en los himnos. A partir de lo que sabemos gracias a las investigaciones de Brian Dutton, reflexiono sobre la incomodidad que a veces produce la palabra "propaganda" y distingo entre propaganda (de una iglesia local) y propagación (de una ideología). En la identidad profunda entre la persona celebrada y quien la celebra, y en una lectura literal del prado introductorio, baso mis reflexiones sobre el protagonismo doble (María y los devotos) de los *Milagros*.

En la lectura de algunos milagros, examino, en el segundo capítulo, cómo se realiza el gran modelo del dictamen revocado que domina la organización de los relatos y que remite al modelo tipológico de la Caída y la Redención. De esos particulares que iluminan el modo en que Berceo da cuerpo poético al paradigma, parte el cuestionamiento de algunas afirmaciones tradicionales, derivadas más de la teología que del texto de Berceo. Así, por ejemplo, la Virgen no sólo tiene el efecto de reintegrar sino también de separar y aislar; no sólo defiende al hombre de ataques exteriores, sino que lo libera de sí mismo, esto es, lo despoja de todo lo que lo hace único. María es una figura híbrida: reúne los predicados femeninos clásicos, que sirven para humanizarla, esto es para debilitarla, volverla vulnerable; y también, junto con ellos, detrás de ellos, los atributos "masculinos" de la autoridad y de la verticalidad.

Estudio, en el capítulo 3, dos escenas convencionales de los milagros (la epifanía y la plegaria) que, a primera vista, no parecen tener otro rasgo en común que el carácter privado del encuentro de

María con sus devotos. Las dos escenas, sin embargo, comparten la representación de discursos que no son tan diametralmente opuestos como podría pensarse. En los *Milagros*, la oración imperativa, sea la de las órdenes de la Virgen o la de los ruegos del devoto, está siempre marcada por la satisfacción y la eficacia: a la voz que ordena o que suplica responde el otro con actos no verbales; se cumplen las órdenes de María, se otorgan los ruegos de la humanidad. El paradigma (palabra y hecho) refleja el modelo más amplio de la historia judeo-cristiana, que realiza en actos las palabras de Dios, y se relaciona también con el lenguaje clerical que, en los sacramentos, efectivamente hace lo que dice.

En el capítulo 4, un análisis de los relatos de judíos ("El niño judío," "Los judíos de Toledo" y "El mercader de Bizancio") los reveló como "textos de persecución" que apuntan a convalidar, con visos de legalidad, la fe cristiana frente al judaísmo; en ellos, la legalidad de "la buena fe" se expresa en escenas colectivas de violencia sacralizada. Se me impuso aquí la necesidad de incluir un excursus sobre la ordalía (prácticas, regulaciones, objeciones teológicas y pragmáticas, causas de su desaparición) porque creo que la estructura mental que supone la ordalía está presente en todo el libro de Berceo. Puesto que es posible decir, en términos muy generales, que la ordalía desaparece en el siglo XIII, mi interpretación impone la necesidad de preguntarse cuál es la sociedad de Berceo. Caben por lo menos dos respuestas posibles a esta pregunta deliberadamente ambigua. Si pensamos en la cercanía de San Millán a los mercados de Nájera y Logroño, hacia fines del XII, donde concurre un creciente número de mercaderes francos; si recordamos las dificultades financieras y los pleitos que amenazan al monasterio; si aceptamos la imagen del Berceo culto, comprometido en tareas administrativas fuera del cenobio, quizás notario, viajero, la respuesta es relativamente clara: la sociedad riojana de Berceo está sufriendo cambios notables. El segundo ensayo de respuesta será muy diferente si miramos la sociedad de los *Milagros*. Ese mundo representado es, a las claras, el de un tiempo anterior. En primer lugar, el valor de la palabra oral en los *Milagros* es coherente con la ordalía, rito que se constituye como ceremonia demostrativa en una sociedad analfabeta. No hay en los relatos de Berceo rastros de los cambios demográficos que afectan a la sociedad riojana; la vida

monacal no parece tocada por otros problemas que los de la muerte, o los del premio y del castigo divinos. Es un mundo eminentemente agrario, en donde los obispos no son fuente de conflicto sino figuras de consenso comunitario. Esta sociedad de consenso es precisamente el ámbito propio de las ordalías. Propongo también una significación amplia de las violencias colectivas, que se funden con las plegarias y los cantos de la comunidad: el pueblo cristiano constituye la Iglesia Militante, del mismo modo que la alegoría del prado anticipa simbólicamente, en el mundo de aquí y de ahora, a la Iglesia Triunfante.

Arguyo, en el capítulo 5, contra la supuesta influencia positiva del culto mariano en los modos en que se perciben las mujeres. Por debajo de las diferencias de voz que separan a Alfonso el Sabio de Berceo, creo que Berceo, Alfonso, Gautier de Coinci y todos los cantores marianos, comparten unas bases comunes que hacen muy difícil que el culto por María contagie positivamente la visión de la mujer.

La lectura del prado toma en cuenta elementos alegóricos y tipológicos, y reúne implícita y explícitamente todos los hilos de mi interpretación. Examino cómo se privilegia la figura del tercero (en notarios, interpretadores, apelaciones, embajadas) y establezco relaciones con el mismo fenómeno registrado en la realidad histórica: por ejemplo, con las funciones mucho más extendidas del embajador en el siglo XIII, que, de ser meramente una "carta viviente" pasa a adquirir el poder de ministro plenipotenciario. Resumo, del modo más breve posible, la legión de textos patrísticos que asocian a María con la Iglesia, e inserto el canto de las aves en la tradición de metáforas corporativas, tan importantes en la concepción del estado que florece hacia el XII.

Una palabra sobre la fuente latina de Berceo. Toda comparación entre los textos en latín y en lenguas vernáculas debe partir de reconocer, como apunta Bertolucci, que ambos son parte integral de una tradición literaria. Y debe también dar cuenta de la compleja transposición que implican las versiones vernáculas: de prosa a verso, de latín a romance, de textos destinados muy probablemente a un público restringido de monjes, a poemas narrativos que, por el